

llo de los acontecimientos y condicionó grandemente los pasos de Roma”.

Hay que insistir en que el liberalismo hizo un impacto importantísimo tanto en España misma como en Roma. No es por casualidad que en 1833 comenzara la evolución liberal de España bajo María Cristina que, como regente en 1832, había concedido la amnistía a los liberales refugiados en el extranjero, mientras que un año antes Fernando todavía los hacía fusilar. Si la investigación de Alcalá Alvarado hubiera sido continuada, hasta el reconocimiento de los gobiernos latinoamericanos por el Vaticano, hubiera podido verse lo que el nombramiento de José Ma. Calatrava como presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Estado en octubre de 1836 importó para el cambio de actitud de la Sede Apostólica, supuesto que el presidente del Consejo dejó de presionar en el asunto, y así pudo lograrse el reconocimiento el 29 de noviembre de 1836.

No entendemos por qué el autor se preocupa tanto de las “versiones” diversas de la historia, que menciona y baraja constantemente a través de su obra. Creemos que si hubiera hecho el esfuerzo de tratar de alcanzar, con visión, “la historia”, prescindiendo de las “versiones” particulares, su tarea hubiera sido más fácil y sus conclusiones más robustas de lo que son (alcanzarán página y media). El propio autor parece coartado y temeroso en ellas y, verdaderamente, no corresponden a la calidad de la investigación que llevó a cabo y a la magnitud de la misma.

Estos son comentarios que le ofrecemos de total buena fe, pues estamos convencidos de la contribución que implica esta obra al conocimiento científico de las relaciones diplomáticas de México.

Carlos BOSCH GARCÍA
Universidad Nacional

Alfonso CASO: *Los calendarios prehispánicos*. México, UNAM, 1967. 266 pp. (Instituto de Investigaciones Históricas. Series de Cultura Náhuatl, Monografías, 6).

En el volumen ahora comentado Caso pone al día varios artículos suyos sobre el tema. Confieso que el título de la obra, la lectura —a su debido tiempo— de varios de los artículos ahora vueltos a editar, y el conocimiento de la gran labor del autor en pos del conocimiento de las culturas prehispánicas me habían hecho abrigar la esperanza de que en esta ocasión Caso nos presentara en forma sistemática, como él sabe hacerlo, y al alcance de todo el público, todo lo que ahora se sabe sobre los sistemas calendáricos de los antiguos habitantes de Mesoamérica.

ca; algo así como *El pueblo del Sol*. No es precisamente eso lo que encontré, y lo lamento, aunque mi idea previa de lo que había que esperar en nada mengua la calidad de la obra.

Por otra parte, no está ausente por completo la exposición sistemática mencionada. *Los calendarios prehispánicos* se inicia por unas *consideraciones generales* que tienen este fin, pero que son demasiado breves, para mi gusto, y que no hacen el énfasis necesario en la relación orgánica que existe entre la serie del tonalpohualli (con todas las series adjuntas de señores del día, señores de la noche, etc.) y la serie de xihuitl (también con la serie de dioses dominadores de cada mes, etc.), pues es esta relación de la que se derivan la existencia de ciclos de 52 años, de solamente cuatro "portadores del año" o nombres de "días anuales" —como los llama Caso—, y otras características que dan al sistema calendárico mesoamericano su sello especial: las cuatro líneas (p. 79) expresamente dedicadas a esta relación estructural son muy pocas. Es cierto que en la discusión de muchos otros aspectos se transparenta la relación mencionada, pero no está suficientemente clara.

Creo innecesario decir que el simple hecho de reeditar, poniéndolos al día, varios artículos publicados en revistas técnicas hace un conjunto no del todo orgánico y, en ocasiones, un poco inaccesible. Es claro que tales consideraciones pueden derivar, sobre todo, de lo que yo esperaba del libro, y que éste no tiene por qué ser para el gran público y estar perfectamente organizado. Veamos ahora su contenido.

El capítulo I, tal vez el más orgánico del libro, refunde las consideraciones generales a que hemos hecho referencia y que fueron publicadas como "El calendario mexicano" en 1958, con un magnífico estudio sobre la correlación entre el calendario de los aztecas y el calendario cristiano, apoyada por otros datos que la confirman y por otros más nuevos, hasta ahora inéditos. El segundo capítulo contiene cuatro estudios aislados, pero cuyo tema tiene mucho que ver con la correlación y en buena parte corrobora las conclusiones que Caso expone en el primer capítulo.

De los tres estudios que aparecen como capítulo III, el primero y el tercero tienen una relación más bien remota con los calendarios, pues uno se refiere a la época en que fue pintado y el otro a una ceremonia que se celebraba cada 52 años para "enterrar" a un siglo, pero sin remitir al mecanismo del cómputo del tiempo. En cambio, el segundo artículo sí tiene mucho que ver con el funcionamiento del calendario y con la correlación.

En el capítulo IV Caso demuestra de manera objetiva que

los teotihuacanos conocían el tonalpohualli, y que el de ellos difería en varios puntos del usado por los aztecas; sobre bases teóricas podría asegurarse que desde el preclásico medio se habían desarrollado los principios del calendario mesoamericano y también que con el transcurso del tiempo éste, como cualquier otro fenómeno cultural, debe haber sufrido cambios, pero la demostración de Caso nos proporciona no solamente una confirmación de la teoría, sino el conocimiento preciso de algunos de los aspectos del calendario teotihuacano. Otros dos estudios corroboran y aumentan lo obtenido en el primero, mientras el último artículo del capítulo nos hace conocer lo poco que es posible saber hasta ahora del calendario de Xochicalco.

Otros dos artículos relacionados con los calendarios, pero en menor grado —si es que podemos decir que la religión, el calendario, la arquitectura, etc., tienen relación menor entre sí que los problemas de los nombres de los días o los de los meses— forman el capítulo v: son un catálogo de los nombres calendáricos de los dioses y el estudio cuidadoso y penetrante, como todos los de Caso, que atribuye un *cuauhxicalli* al dios de la muerte o a alguno otro de atributos muy semejantes.

La obra se cierra —por el momento, pues ha de seguir otra en la que se reúnan los estudios de Caso sobre los calendarios de los “olmecas”, de Oaxaca, de Chiapas y de los huastecos— con sendos artículos dedicados al estudio de los calendarios correspondientes a otomíes, matlatzincas y tarascos.

Creo que no es necesario decir que las conclusiones de cada uno de los artículos de Caso son casi incontrovertibles. Esto es, la mayoría de sus afirmaciones están de tal manera fundadas que éstas han sido aceptadas por todos. Algunas otras son hipótesis muy plausibles pero no del todo probadas, por falta de elementos que —tal vez— nuevos descubrimientos documenten de manera definitiva; así por ejemplo, Caso, siguiendo a Del Paso y Troncoso dice del Códice Borbónico que por lo menos debemos de inclinarnos a considerarlo como genuinamente azteca y precortesiano (p. 112); o mejor, su conclusión de que a los tres días anuales del calendario teotihuacano que él nos ha dado a conocer muy probablemente pueda agregarse el día “venado” (p. 163).

Sin embargo, otras conclusiones me parecen no probadas todavía. En este caso tenemos su afirmación de que “un día cualquiera de nuestro calendario, se llamaba con el mismo signo y el mismo numeral en la zona maya y en la zona nahua, por lo que *sin duda también era el mismo en toda Mesoamérica*” (p. 77, énfasis mío). No creo que haya pruebas concluyentes tampoco en el sentido absolutamente opuesto, es decir, que de pue-

blo a pueblo y hasta de barrio a barrio existieran diferencias, como sostiene Kirchoff, pero adoptando por el momento tal hipótesis bien pudiera ser que pueblos muy alejados llamaran con el mismo signo y el mismo numeral al mismo día de nuestro calendario, por mera coincidencia o por razones históricas especiales. Por otra parte, los nombres de los días no eran siempre iguales, y no basta con decir que se referían a una misma idea —como el ejemplo citado por Caso de *Ix*, “brujo”, *Teyolocuani*, “comedor de corazones”, y *Ocelotl* “tigre”— pues el calendario zapoteca, de él bien conocido, tiene sólo el 45% de nombres idénticos (cocodrilo, serpiente, venado, agua, mono, torcido, caña, tigre y temblor), el 25% de ideas bastante afines (lagartija:iguana, muerte:oscuro, zopilote rey:cuervo, pedernal:piedra, lluvia:nublado) y todo un 30% de nombres que difícilmente se pueden llamar afines (frijol dado, brasa, noche, despedazado, boca abajo, madre y ojo o cara, que deberían corresponder a viento, casa, conejo, perro, águila y flor), con toda seguridad hay aquí algunos errores de traducción, pero es difícil que a un investigador tan acucioso como Caso, que nos ha hecho notar errores de las fuentes con las que trabaja, se le hayan escapado más de un cincuenta por ciento de éstos, lo que nos dejaría con un mínimo de tres nombres que deberemos de considerar diferentes por completo.

Hay algunos otros puntos de menor importancia, pero prefiero no discutirlos en atención al espacio que normalmente ocupa una reseña. Podemos señalar de paso que los datos de los nombres de los días zapotecos están tomados del cuadro IX de la misma publicación, y que, lamentablemente, las correspondencias —que, hay que notar, Caso nunca nos dice que sean seguras— son difíciles de seguir; éste y los dos cuadros que le siguen son de los instrumentos más valiosos para el investigador que quiera proseguir en este campo de estudios y tal vez otra forma de presentación hubiera resultado mucho más provechosa. Encontré también algunas erratas, tanto en los cuadros como en el texto mismo.

Los calendarios prehispánicos es un libro, en resumen, magnífico, muy bien ilustrado, y junto con el otro tomo anunciado será de indispensable consulta para quienes se interesen en el tema. De todos modos, todavía espero que Caso nos obsequie con un libro tal como el que menciono al principio de esta nota, tal vez con menos discusión altamente técnica, y al mismo tiempo más amplio en la exposición general.

Leonardo MANRIQUE
Escuela Nacional de Antropología e Historia